

Y ASÍ VOY TEJIENDO MI CAMINO



EMILIO RANUCOLI

Agradecimientos:

Este libro que tienes en tus manos es más que un conjunto de palabras; es un puente que une mi mundo interior con el tuyo, un tejido hecho de momentos, reflexiones y, sobre todo, de las personas que han dado forma a mi vida. Antes de que te sumerjas en estas páginas, quiero detenerme un instante para agradecer a quienes han sido mis pilares, mis faros, mis compañeros en este viaje de escritura y de existencia. Ellos son la raíz de esta obra, y estas líneas son mi manera de honrarlos, de compartir con ellos —y contigo— este comienzo de un camino que, espero, recorramos juntos.

A mi familia, mi refugio y mi fuerza, les debo un agradecimiento que no cabe en palabras. En especial, a mi mamá, María Belén Turletto, una apasionada de la literatura y una maestra excepcional como profesora de Lengua Española. Ella no solo corrigió mis errores y pulió mis frases, sino que me enseñó a amar las palabras, a encontrarles sentido y a confiar en lo que tengo para decir. Su apoyo incondicional ha sido el cimiento de este libro, y su huella está en cada página.

A Ornella, que caminó conmigo en este sendero y cuyas vivencias se entrelazan con las experiencias que aquí relato, gracias por haber estado ahí, por inspirarme y por ser parte esencial de este proceso. Tu presencia ha dado vida a muchas de estas palabras.

A mis abuelos, Esteban y Raquel, que ya no están en este plano pero cuyo amor y energía siguen guiándome. Los siento cerca, como si sus voces susurraran consejos en cada decisión, como si sus manos invisibles me ayudaran a dar forma a estas ideas. Este libro lleva su memoria, y con él, su legado sigue vivo.

A mis amigos —Julián, Lucía, Guadalupe, Matteo y Jesica—, testigos de mis escritos y de mis pensamientos más crudos. Gracias por sus opiniones sinceras, por sus preguntas que me hicieron mirar más allá, y por invitarme a reflexionar sobre lo que realmente importa en la vida. Ustedes han sido un espejo y una chispa, y este libro es mejor gracias a ustedes.

A Valentina y Carla, mis hermanas de otra madre, cuyo amor incondicional me ha sostenido en cada paso. No importa el tiempo ni la distancia, siempre han estado a mi lado, ofreciéndome su apoyo y recordándome que el cariño verdadero no entiende de fronteras. Ustedes son mi hogar, incluso estando tan lejos.

A toda mi familia, que me ha enseñado que el amor puede cruzar océanos y superar cualquier kilómetro. Hoy, mientras termino este libro a 15 mil kilómetros de casa, siento su calor como si estuvieran aquí conmigo. Es reconfortante saber que, en cada palabra que escribo, ellos están presentes, dándome fuerza para seguir adelante y para compartir estas experiencias de vida con el mundo.

Este proceso de escritura ha sido largo, casi tres años de días constantes e inconstantes, de bajar a tierra ideas que giraban en mi cabeza como tormentas silenciosas. Pero no escribí solo para mí; lo hice porque creo que estas reflexiones, estos sentimientos, nos tocan a todos de alguna manera. A veces, leer que alguien más piensa o siente como tú es un recordatorio de que, aunque seamos distintos, aunque no compartamos culturas ni creencias, al final somos humanos. Y eso es lo que nos une. Por eso, quiero agradecer también a todas las personas que, de una forma u otra, han moldeado mi vida y mis pensamientos. Una conversación breve, un gesto amable o incluso un desencuentro han dejado su marca en mí, y este libro es también un reflejo de ustedes.

Finalmente, gracias a ti, lector, por tomar este libro y darle vida con tu mirada. Escribir estas páginas ha sido un acto de entrega, y que tú las leas es el cierre de un círculo que comenzó hace años. Este no es el final, sino la apertura de un gran camino, uno que seguiremos recorriendo juntos, tejiendo nuevas historias, nuevas reflexiones, nuevas conexiones.

PRÓLOGO:

En la vastedad del cosmos, donde las estrellas tejen constelaciones que apenas logramos descifrar, cada uno de nosotros traza su propio sendero, un hilo frágil pero único en el inmenso tapiz de la existencia. Este libro que tienes en tus manos no pretende ser un mapa perfecto ni una antorcha que ilumine todas las sombras; es, más bien, un murmullo, un eco de mi voz interior que se aventura a compartir lo que he aprendido, lo que he perdido y lo que aún busco en este viaje interminable que llamamos vida. Con la humildad de quien sabe que apenas ha rozado la superficie de los misterios del alma, te invito a caminar conmigo, a detenerte en los cruces de caminos donde la duda y la maravilla se encuentran, y a tejer, quizás, tus propias respuestas mientras lees las mías.

No soy un sabio ni un maestro. Soy alguien que, como tú, ha tropezado con piedras en el camino, ha sentido el peso de la soledad bajo un cielo nocturno y ha encontrado refugio en las pequeñas luces que otros han encendido para mí: una sonrisa, una conversación inesperada, un instante de silencio compartido. A lo largo de estas páginas, encontrarás retazos de mi historia —momentos de alegría y tristeza, preguntas sin respuesta y certezas fugaces— que he ido hilvanando con el hilo de mis días. Hablaré del éxito, no como una meta brillante en el horizonte, sino como un reflejo

íntimo que cambia con cada paso; de las relaciones, esa danza delicada entre almas que nos sostiene y nos transforma; del olvido, ese compañero silencioso que borra y, al mismo tiempo, nos libera; de la muerte, esa sombra que nos enseña a valorar la luz; y del tiempo, ese río que fluye sin pausa, llevándose lo que fuimos y trayendo lo que seremos.

Escribir este libro ha sido como sentarme frente a un telar invisible, recogiendo los hilos sueltos de mi vida —algunos desgastados por el dolor, otros brillantes por la esperanza— para darles forma. No hay pretensión de grandeza aquí, solo el deseo de compartir lo que he visto y sentido, con la certeza de que mi tapiz está incompleto y siempre lo estará. Cada capítulo es una hebra, una reflexión nacida de noches en vela, de diálogos con la naturaleza, de encuentros fortuitos que dejaron huellas en mi corazón. Recuerdo una tarde, caminando bajo la lluvia, cuando un anciano me habló del verdadero éxito; o aquella noche en que, mirando las estrellas, me pregunté si el olvido era un castigo o un regalo. Esas experiencias, junto con las risas de quienes amo y las lágrimas que he derramado en silencio, son el alma de estas palabras.

Pero este libro no es solo un relato. Es también un diálogo abierto contigo. En varios capítulos encontrarás espacios interactivos: preguntas, reflexiones y pequeños ejercicios diseñados para invitarte a pausar la lectura y explorar tus propias experiencias. Estos momentos no buscan darte respuestas cerradas, sino abrir caminos para que

descubras las tuyas. Es un espacio para que escribas, pienses y sientas, porque creo firmemente que las historias más valiosas no son las que solo se leen, sino las que también se viven.

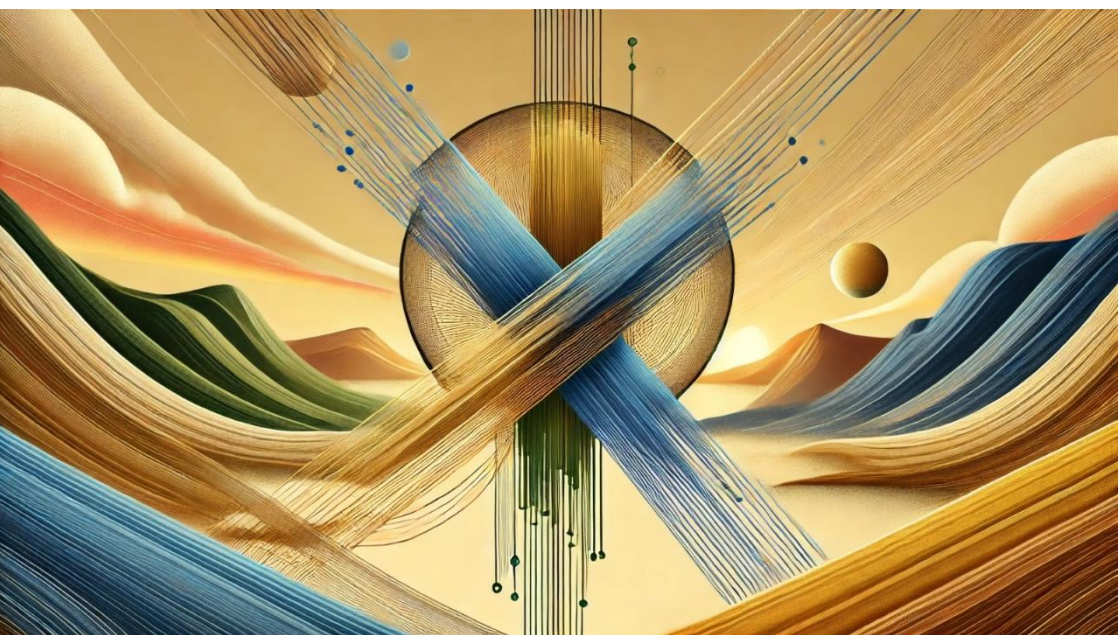
Te invito a aceptar este desafío: no leas este libro como un espectador pasivo. Permítete interactuar con las preguntas que planteo, dialogar con las emociones que surjan y, si lo deseas, anotar tus propias conclusiones. Cada espacio interactivo es una oportunidad para tejer tu propia historia junto a la mía, creando un puente entre nuestras experiencias.

Mi esperanza es que, al recorrer estas páginas, encuentres algo que resuene en ti: un eco de tus propias inquietudes, una chispa que te anime a explorar los rincones de tu ser que aún esperan ser descubiertos. No te pido que sigas mis pasos, sino que camines a mi lado por un rato, que te detengas a mirar tus propios hilos y te preguntes cómo quieres tejerlos. La vida, he aprendido, no es un destino fijo, sino una obra en constante construcción, y cada error, cada acierto, cada despedida y cada encuentro son parte de su belleza imperfecta.

Que este libro sea para ti una invitación a soñar, a cuestionar y a abrazar el misterio de existir con valentía, curiosidad y, sobre todo, con ese anhelo de aprender que nos hace humanos.

Bienvenido/a a este viaje compartido. Que cada capítulo sea una puerta entreabierta hacia nuevas

perspectivas, un espacio donde nuestras historias
—la mía y la tuya— se cruzan por un instante en el
vasto tejido del tiempo.



Capítulo 1:

"El Espejo del Éxito"

En un atardecer dorado, mientras el sol se despedía tiñendo el cielo de tonos cálidos, caminaba por un parque cercano cuando mis ojos se encontraron con los de un anciano sentado en un banco. Su mirada parecía perdida en un horizonte invisible, como si sus pensamientos viajaran a través de décadas. Había algo en él —tal vez la calma de sus arrugas o el brillo tenue de sus ojos— que me invitó a acercarme. Nos saludamos con timidez, y pronto las palabras fluyeron como un río tranquilo. Me contó que había sido un empresario exitoso, que había construido una vida de logros y reconocimientos, pero que, al final de su carrera, descubrió una verdad que lo cambió todo. “El éxito,” me dijo con voz pausada, “no está en las cifras ni en los aplausos. Es sentir que cada día vale la pena vivirlo, que has tocado vidas y ellas te han tocado a ti.” Sus palabras se quedaron conmigo, como una semilla que germinó en preguntas que aún me acompañan.

Ese encuentro me llevó a mirar dentro de mí y preguntarme: ¿Qué es realmente el éxito? Desde pequeños, nos enseñan a buscarlo en las medallas, en los títulos, en los elogios de otros. Recuerdo mi infancia, corriendo por el patio de la escuela, ansiando la aprobación de mis maestros o la mirada orgullosa de mis padres. Pero con el tiempo, esas definiciones externas comenzaron a sentirse como

ropa que no me quedaba bien. ¿Quiénes somos para dejar que otros decidan qué significa triunfar? El éxito, he aprendido, no es una estatua fija en la plaza pública; es un espejo que refleja lo que llevamos dentro, un reflejo que cambia con cada etapa de la vida.

Para mí, hubo un momento en que creí que el éxito era tener un trabajo estable, una casa propia, un camino claro. Trabajé duro por ello, sacrificando noches de sueño y momentos con quienes amo. Pero un día, al mirar por la ventana de mi oficina, sentí un vacío que no explicaba. No era infelicidad, sino una inquietud: ¿esto era todo? Fue entonces cuando comencé a redefinirlo. Descubrí que el éxito no estaba en lo que acumulaba, sino en los instantes en que me sentía vivo: una conversación con un amigo bajo las estrellas, el sonido de la risa de mi familia, la paz de un amanecer en silencio. Pequeños logros, quizás insignificantes para otros, pero que para mí eran tesoros.

Definir nuestro propio éxito es un acto de valentía. Requiere despojarnos de las expectativas ajenas y escuchar nuestra voz interior, esa que susurra en los momentos de quietud. Pero no basta con imaginarlo; hay que caminar hacia él. Recuerdo cuando decidí dejar un trabajo que me agotaba para perseguir algo que me apasionaba. No fue fácil —hubo miedo, dudas, noches de insomnio—, pero cada paso, cada sacrificio, me acercó a una versión de mí que se sentía más auténtica. Y en ese trayecto, aprendí a valorar los pequeños triunfos: un

proyecto terminado, una palabra de aliento, un día en que simplemente me sentí en paz.

Sin embargo, el éxito no se teje solo. Necesitamos a otros: amigos, familia, incluso desconocidos que cruzan nuestro camino y nos ofrecen una perspectiva nueva. Pienso en las personas que me han sostenido cuando dudé de mí mismo, en las manos que me levantaron cuando caí. Juntos, sorteamos obstáculos y celebramos victorias, como si cada día fuera una fiesta silenciosa por estar vivos. El anciano del parque tenía razón: el éxito no es un trofeo solitario, sino un lazo que nos une a quienes nos rodean.

Mientras el sol se ocultaba tras los árboles, el anciano, con la mirada fija en el horizonte, compartió una última historia que selló nuestra conversación. “—¿Sabe? —dijo el anciano, mirando el atardecer—, pasé décadas persiguiendo logros... hasta que un día mi nieta me preguntó: ‘Abuelo, ¿cuándo fue la última vez que te reíste por nada?’. Esa simple pregunta me hizo entender que el éxito no está en las cifras, sino aquí —señaló su corazón—, en los momentos que nos hacen sentir vivos.” Sus palabras cayeron sobre mí como una lluvia suave, lavando las dudas que aún quedaban. En la inocencia de esa niña, él había encontrado una verdad que resonó profundamente conmigo. ¿Cuántas veces nos perdemos en la carrera por acumular, olvidando que el verdadero triunfo está en la ligereza de una risa sin motivo, en la calidez de un instante que no necesita explicación?

Caminé de regreso a casa bajo un cielo ya oscuro, con el eco de esa pregunta infantil rebotando en mi mente. ¿Cuándo fue la última vez que me reí por nada? Tal vez el éxito no sea una meta lejana, sino algo que ya llevamos con nosotros, esperando a ser reconocido. Te invito a que tú también lo pienses: ¿Qué es el éxito para ti? ¿Es un destino o un momento que ya tienes en tus manos? Que este capítulo sea el comienzo de tu propio viaje para descubrirlo.

¹ Espacio interactivo con el lector

¹ "Define tu propio éxito en tres palabras. Luego, escribe un breve relato de un momento en que te sentiste exitoso, sin mencionar logros materiales."